

Prehistoria

Por el licenciado Humberto A. Lagiglia, director del Museo de Historia Natural de San Rafael.

La situación política preferencial que goza San Rafael, aventaja a otros departamentos de la provincia de Mendoza. Hacia el este se comunica con la provincia de San Luis y con General Alvear; al sur con la provincia de La Pampa y con Malargüe; al oeste con la República de Chile y hacia el norte con los departamentos de San Carlos, Santa Rosa y La Paz.

En su contra gravita la considerable distancia de 237 km. que le separa de la ciudad capital; y la aridez del suelo, sumada a una vegetación arbustiva, emparrada y pobre que brinda pocos recursos para la instalación humana. De sus orígenes debió

acudirse al empleo de las aguas de los caudalosos ríos cordilleranos. Poco a poco, tras iniciarse el aprovechamiento de las aguas del Diamante y del Atuel, las primeras colonias pastoriles, cerealeras y hasta hortícolas se abrieron paso, hasta implantar los viñedos y frutales que la valorizaron y prestigiaron como un poderoso polo de desarrollo del sur mendocino.

Este departamento ocupa el centro sur de la provincia, siendo uno de los que mayor extensión superficial posee: 30.735 kilómetros cuadrados. Sus ríos principales, que se inician en la alta cordillera andina son el Diamante y Atuel, los que brindan no sólo el aporte de sus aguas en la irrigación artificial, sino que se constituyen en poderosos recursos energéticos.

El relieve del departamento está conformado

por la cordillera andina, al oeste, con macizos que llegan a sobrepasar los cinco mil metros de altura. En el centro, con dirección noroeste-sureste se levanta el bloque San Rafael o "Sierra Pintada", de menor altura con respecto a la primera, que ha sido recortada por los ríos Diamante y Atuel, formando bellos cañadones donde la erosión fluvial deja al descubierto valiosos testimonios de las capas geológicas de las eras Primaria y Secundaria, que aparte se constituyen en atractivos de orden turístico, en general escasamente aprovechados.

Etapas de la prehistoria

El pasado remoto de los habitantes de Cuyo, en especial de la región que nos ocupa, está ligado al de la prehistoria de América. Esta fue poblada desde tiempos remotos por contingentes de procedencia asiá-

tica, en diversas y variadas oportunidades. Debieron reunirse en simples bandas u hordas sociales de cazadores-recolectores que en su constante deambular arribaron a orillas de los caudalosos ríos mendocinos dejando los vestigios de la edad de piedra o etapa Paleoi ndia. Aunque hasta el momento no podemos argumentar con cifras exactas la antigüedad de estas manifestaciones líticas del tosco y elemental tallado de la piedra, puede hablarse con toda seguridad de más de unos 10 000 años para sus orígenes. Tras los cazadores-recolectores primitivos, sucedieron diversos grupos culturales de cazadores superiores, hasta medio milenio antes de la era cristiana.

Poco tiempo después llegó al centro oeste argentino la agricultura, que produce un verdadero cambio en la economía bá-

sica de la región. Inmediatamente después se introdujo la textilera en telar y la cerámica. Se desarrollaron los pueblos agroalfareros que perduraron hasta la conquista y colonización de estas tierras.

En síntesis, pueden señalarse para la región tres etapas indígenas del desarrollo de sus culturas: 1o) Paleoi ndia. 2o) Protoformativa y 3o) Agroalfarera. Parte de la etapa protoformativa, que incluiría a la agricultura inicial la trataremos en esta oportunidad. Su cultura la hemos denominado Atuel II.

Primeros agricultores

Hacia los 300 años antes de iniciarse la era cristiana se habría producido la llegada de la agricultura inicial a los valles del Atuel y del Diamante. En otras palabras ello debió ocurrir poco más o menos hace unos 2.200 años, conforme lo demuestran los da-

tos de cronología del Carbono 14. El comienzo de la agricultura se hace sobre la base de cuatro cultígenos: el maíz, zapallo, poroto y la quinoa o quinua.

Estos primeros grupos de agricultores eran formados simplemente por unas pocas familias indígenas que se instalaban a orillas de los ríos y que, por desnivel, debieron levantar sus aguas para la mantención de sus sembradíos. Por lo tanto eran sedentarios. Para completar su alimentación recurrían también a frutos silvestres, como el chañar, el algarrobo y el albaricoquillo. Cazaban animales silvestres como el guanaco, el quirquincho, la tortuga terrestre la liebre, el avestruz etc. De este último consumían sus huevos.

Acostumbraban a guardar las semillas comestibles como el maíz, poroto o la

quinoa, en cestillos fabricados con fibras de vegetales de juncos, cortaderas y otras gramíneas, o en sacos de cueros pintados.

Fueron hábiles cesteros y maestros destacados en la preparación y curtido del cuero, con el que confeccionaban verdaderas obras de artesanía. Sus artes manuales refinadas se reflejaban en los prolisos trenzados de sus cordeles e hilos de fibras vegetales y tintos; en las armaduras de sus cestos o en el cosido y bordado del cuero.

El cuero de los animales, luego de ser curtido y sobado, era pintado en colores diversos, como el amarillo, rojo y verde musgo. Luego de superponer diversas bandas coloreadas los cueros eran sometidos al calado de complejos motivos, en zig-zag o en escalera. Combinaban luego las partes disociadas y las cosían armando bolsos de aspecto ceremonial, que llaman la atención por sus virtudes y aptitudes respectivas a su terminación manual.

Practicaban la momificación intencional de sus restos funerarios, por medio de resinas vegetales. Un párvulo momificado de un recién nacido, perteneciente a esta cultura, ha sido envuelto en cuero forman-

do un fardo funerario. Primeramente llevaba una cubierta de cuero inferior o dorsal y otra ventral. Finalmente una pieza de piel, de guanaco, con lana hacia el interior del cuerpo del niño que lo envolvía totalmente, amarrándole con cordeles de lana.

La cabeza era protegida por un cestillo prolijamente terminado. Conservaba el cordón umbilical envuelto en dos trozos de pieles, con la lana en contacto con el funículo.

Utilizaban espátulas de hueso, cuentas hechas con redondelás de moluscos; hacían estera; de cañitas del carrizo (gramínea autóctona que crece a orillas de los ríos).

Utilizaban varillas de caña coligüe y de otras plantas, las que, por fricción de rotación de una sobre la otra producían fuego.

Las cuevas eran aprovechadas especialmente como lugares de ceremonia o de entierro. Los sitios que mayor cantidad de restos percederos que se han

conservado a través del tiempo, se encuentran ubicados en las riberas del río Atuel y en otros sectores próximos.

La agricultura se desarrolló en ellos con énfasis y adquirió importancia y significación la selección de las semillas, y la hibridación, como lo demuestran los numerosos ejemplares conservados.

Un cestillo fue hallado conteniendo 503 gs. de quinoa; otro con 1.500 kg. de porotos. Varios centenares de marlos y algunas mazorcas se han conservado notoriamente, sin haber sido atacados mecánicamente o por insectos, u otros agentes destructores.

Incluso se hallaron restos de cortezas de calabazas de zapallo, tallos, hojas y hasta plantas enteras de maíz conservadas con toda perfección.

El acondicionamiento especial del lugar donde fueron hallados estos restos (por el Museo de Histo-

ria Natural de San Rafael, dependiente de la Dirección Municipal de Cultura en donde se conservan), en seco, sin humedad y al abrigo de la acción solar y de otros agentes, se mantiene en la actualidad.

Antigüedad.

Cuatro fechados efectuados sobre restos de esta cultura de agricultores arrojaron las siguientes antigüedades:

1910 (40 años más o menos) antes del presente para una momia infantil; 2065 (60 años más o menos) antes del presente para una mazorca de maíz y 2.215 (90 años más o menos) y 2120 (95 años más o menos), lotes de porotos de un cestillo. Con estos datos se deduce que estos agricultores iniciales se desarrollaron entre 300 años antes de la era cristiana y 100 años después de Cristo.

Culturas agroalfareras

Después del primer siglo

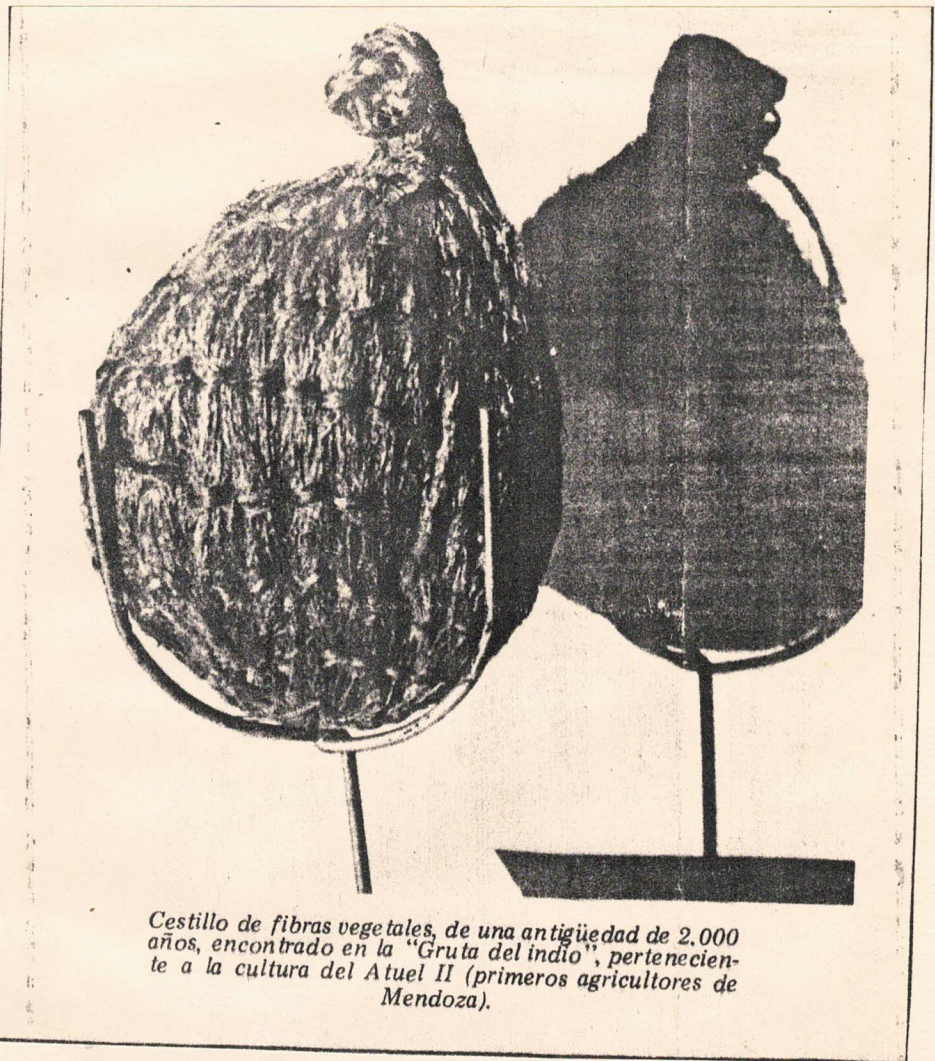
de la era cristiana llegó la cerámica y el tejido a felar.

Se produjeron modificaciones culturales que dieron lugar al desarrollo de la Cultura del Agrelo, hasta el primer milenio de la era cristiana. Poco después se desarrolló la Cultura de Viluco, a partir del año 1300 de la era cristiana, que poco más de un siglo y medio después recibe la influencia incaica. Esta cultura corresponde con toda seguridad a nuestros huarpes históricos.

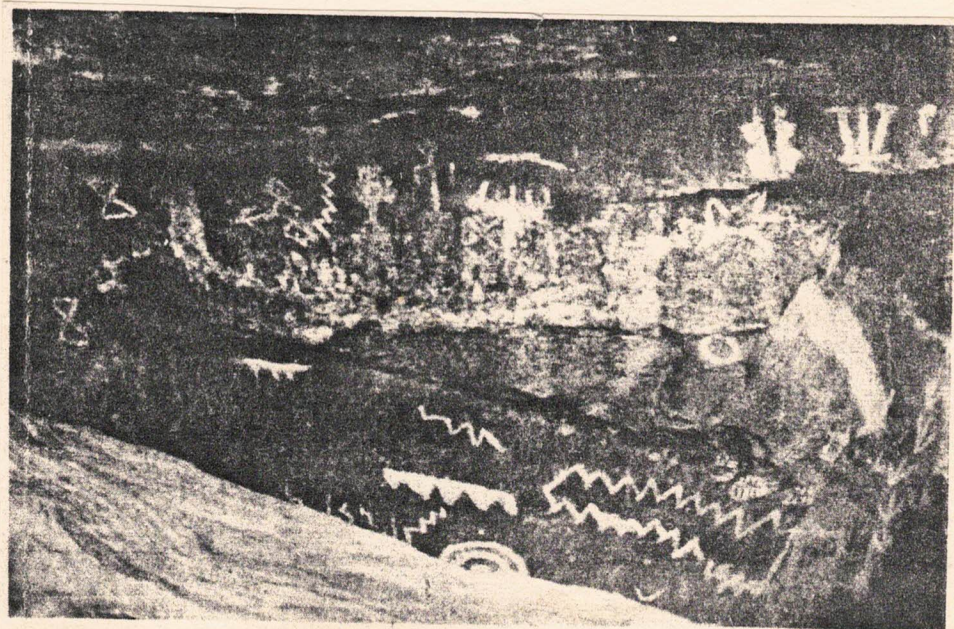
Una de las crónicas más antiguas, la de Gerónimo de Bibar del reino de Chile, que data del año 1558 relata lo siguiente:

"Estos indios de Cuyo también fueron conquistados de los Incas. Estos son más labradores que no, los de Caria; siembran mucho maíz, frisoles y quinua."

Cuando se realiza la instalación hispánica en estas tierras se aprovechan los mismos sitios que otrora el cultivo aborigen verdeaba en la monotonía agreste y



Cestillo de fibras vegetales, de una antigüedad de 2.000 años, encontrado en la "Gruta del indio", perteneciente a la cultura del Atuel II (primeros agricultores de Mendoza).



Pictografías indígenas del Atuel, de los últimos aborígenes que poblaron la zona.